

# El Ruano.

De Jorge Lar

La noche flácida y pegajosa, se emponzoñaba de misterios sobre la inmensidad de la campiña. Un cielo de poniente amoratado, comenzaba a acicalarse de abigarradas constelaciones. Sobre una lomada, donde el camino se bifurcaba formando una inmensa Y griega, un gringo de poblados mostachos y barriga prominente tenía emplazada una pulpería, con la que había logrado satisfacer los reclamos de su avaricia, aliviar la incomunicación de los vecinos y amortiguar un poco el cansancio de los viajeros.

El boliche funcionaba en un rancho destartado, que el gringo había refaccionado apenas con un grosero blanqueo a la cal y que así y todo oficiaba de oasis refrescante en medio de la desértica soledad pampeana

Esa noche había baile. Bajo la enramada, aromatizada por la humedad de la llanura, un par de faroles con su luz anémica, disolvían levemente la porfiada consistencia de las penumbras. En el patio barrido y regado para la ocasión, algunos paisanos, urgidos de contenidas apetencias, rondaban con ojos codiciosos la improvisada pista enjoyada de glicinas, donde un grupo de chinas jóvenes, esperaban anhelantes el descuido de las viejas, para escaparse hacia las sombras soñando concretar alguna aventura lujuriosa que alterara la aburrida monotonía de tantos días calcados y grises.

De pronto, la concurrencia se sacudió en un murmullo contagioso, donde campeaba la sorpresa y el chusmerío bullicioso, mientras todas las miradas hurgaban en la explanada por donde una inesperada presencia, se agregaba a la excitación de la fiesta. Un sulky se arrió a la empalizada que dividía el patio del camino y de él descendió arrogante y provocativa, la figura de una mujer joven y esbelta. Ató el “cabresto” a la estacada y se dirigió resuelta hacia el patio de la pulpería. Cruzó displicente frente al grupo de mujeres y fué a ubicarse en una mesa apartada del centro de la pista. Era Etelvina Rodríguez, viuda desde hacía casi un año y que vivía sola en un rancho que ella misma había levantado junto a su finado esposo.

Florindo Rodríguez había salido una madrugada rumbo a los mataderos, para entregar un arreo y antes que pasara una semana lo habían traído en un ataúd con el corazón partido de una puñalada. Lo poco que se sabía, era que en un “Quilombo” de las afueras de la ciudad, se entreveró en una gresca y a él le tocó la peor parte. Ni del dinero que llevaba encima, ni de su tropilla de ruanos jamás se tuvo noticia.

La viuda lloró, escupió resentimiento, clamó justicia, rugió venganza, juró y re juró que se enterraría en vida aferrada al luto por aquel amor irremplazable, pero pasado un tiempo, los clamores de la sangre joven inflamaron su cuerpo y una tarde, enterada que habría baile en el boliche del “gringo”, renunció a la solemnidad de sus principios y aceptó sumisa la realidad irrefutable.

¡Florindo había muerto, pero ella no!

Arrojó a la basura su lúgubre ropaje negro. Hurgó en el fondo de un baúl hasta encontrar la pollera estampada y la blusa blanca que “El Floro” le había regalado en el primer aniversario de su casamiento. Y mientras espiaba por la ventana la majestuosidad del paisaje, que con una policromía subyugante preanunciaba la primavera, aspiró hasta el deslumbramiento la fragancia excitante de los paraísos en flor y acariciando sus pezones afiebrados de deseo, se dispuso a empezar una nueva vida.

La noche era húmeda y calurosa. El ambiente se sobrecargaba de ansiedades febriles, mientras el olor inconfundible de la carne en celo emanaba por los poros, disimulado por el hedor de un sudor acre y de lociones baratas.

El alcohol comenzaba a estimular los instintos y expulsar los recatos.

Un murmullo frenético recibió la llegada de los músicos. Un alemán flaco y anguloso, que arrastraba la vieja verdulera sin estuche y un moreno engominado que traía bajo el brazo una guitarra enclavijada con palillos de mimbre, envuelta en un poncho, deshilachado y sucio. Los primeros compases estimularon a los mozos que se agitaron febriles ante la inminencia de estrujar en sus brazos el cuerpo apetecido.

Uno, quizás el más audaz, se arrimo temerario a la viuda con el envite a flor de labios, pero la negativa cortante transformó la sonrisa sobradora en una mueca de frustración.

No había pasado una hora, cuando un nuevo personaje se agregó a la algarabía de la fiesta. Ya los perros habían anunciado con ladridos exagerados la llegada del forastero, pero la excitación y el ruido de la música sofocaron sus reclamos. Sólo cuando desmontó del soberbio “ruano” que lo transportaba, varias cabezas se volvieron curiosas para clavar sus miradas en la extraña figura. Claudio Córdoba, tal el apelativo del recién llegado, era un individuo joven, arrogante y seductor, que encendió de inmediato la apetencia de las mujeres y el resquemor susceptible de los hombres. El paisano “maneó” el caballo con parsimonia, ajustó la faja y echando hacia atrás el ala del sombrero, avanzó con paso circunspecto, hacia el grupo de parroquianos que rodeaban el mostrador. En ese momento los músicos disfrutaban de un breve descanso y el recién llegado cruzó la pista desierta, ante la mirada susceptible del resto de la concurrencia. Pidió una caña paraguaya que

bebí a intervalos espaciados, como paladeando cada gota con fruición, mientras estudiaba con ojos ávidos, una por una, las hembras que se agrupaban a un costado de la pista. De pronto su vista tropezó con la figura de Etelvina Rodríguez y automáticamente, una conmoción de deseo le estremeció las entrañas. Sus miradas se cruzaron fugazmente. Él giró para tomar la copa, sorbió un trago con pereza y regresó la mirada hacia la mujer, que subrepticamente lo contemplaba fingiendo indiferencia, parapetada en la impertinente complicidad de sus pestañas. En ese momento los músicos reiniciaban el baile y él no perdió ni un segundo. Avanzó con paso ágil y desafiante y antes que el mozo llegara a convidarla, ella se levantó y se metió en sus brazos, con la fruición con que un polluelo se sumerge en el tibio emplumado de la madre.

El la estrujó con impudicia y ella registró en sus pezones la presión sugerente del cuerpo varonil. Y de pronto todo desapareció en su rededor, absorbidos por la etérea sensación de la soledad absoluta. Arrasadas las contenciones del pudor por el vendaval de la lujuria, entrelazaron sus piernas en el frenesí de la danza y el roce de sus vientres reivindicó apetencias incontenibles. Claudio arrastró sus dedos hasta oprimir la comisura de sus senos y ella sorbió con labios febriles el cuello pétreo y sudoroso. Irrefrenables ansias sacudieron las medulas y afloraron trémulas las palabras que urgidas de apetencias irrenunciables, reclamaban otro tiempo y otro sitio, donde beber hasta la última gota, aquel torrente que inundaba sus cuerpos.

Al terminar la pieza él la acompañó hasta su mesa y luego volvió al mostrador a apurar los últimos tragos de la caña. Imperceptible para la mayoría, ella desapareció de la escena y se hundió en la noche. El paisano pidió otra y se acodó de espaldas sobre el mostrador con los ojos perdidos en la inmensidad de la campiña. Remoloneó un rato, como quemando el tiempo y luego se escabulló buscando la complicidad de las sombras. Destrabó su caballo, lo montó de un salto y se metió en la profundidad cómplice de la oscuridad, al tiempo que aspiraba con fruición la soporífera acritud de su cigarro.

La brisa fresca le bañó la cara, evaporando de su sangre el sopor del alcohol. Una profunda sensación de bienestar aligeró su cuerpo, que se enderezó sobre los estribos con gesto desafiante. Se sintió extraño. Hacia tanto tiempo que el germen de una ilusión no acicateaba sus entrañas que por un instante se creyó acicateado por infinitos bríos.

Venía de transitar un tortuoso camino de culpas y resentimiento y de pronto el génesis del amor, reverdecía con brotes nuevos, los calcinados “rastros” de su existencia. Instintivamente giró la cabeza y se sintió embelesado por la excelsitud del paisaje. Una

luna enorme cruzaba el cenit de la noche entre nubes rechonchas de presagios, obstinadas en enlutar la esplendidez de su brillo.

La “cruz del sur” se recostaba sobre el poniente como huyendo de la agresividad de un “lucero” que irrumpía por el oriente, taladrando la bóveda celeste con puñaladas de fuego. A lo lejos, la laguna se adormecía entre juncales monótonos, que la acunaban suavemente al compás de la brisa. Y mientras el horizonte se ondulaba entre capullos de niebla, el grillerío repetía una y otra vez sus compases monocordes al abrigo de los cardos indiferentes, azulados de sueño y acorazados de aguijones. Avezado jinete, Claudio registró en su cabalgadura un excitante regocijo, como el que experimentan las bestias al reconocer su “querencia”, pero ensimismado en sus propias sensaciones, no llegó a captar lo insólito de aquel comportamiento.

Etelvina había llegado a su rancho con la sangre a borbotones y el deseo rebasándole las entrañas. Se metió en el dormitorio y comenzó a desvestirse despacio, disfrutando frente al espejo cada centímetro de su cuerpo, que húmedo por la excitación iba ofreciendo lujurioso la promiscuidad de su desnudez. Tomó el candil con manos trémulas y lo colocó en un ángulo de la habitación para que la luz, ya de por sí exigua, se convirtiera en una semipenumbra borrosa que disipaba apenas la consistencia de la oscuridad.

Claudio llegó al lugar indicado para la cita. Ató el caballo a la empalizada que rodeaba el rancho y encaró su destino con paso cauto pero resuelto. La excitación y el ardor que encendía su sangre no le impedía superar su instinto de conservación y mientras con una mano empujaba suavemente la puerta, con la otra empuñaba con firmeza el mango del cuchillo. Y justo cuando su cuerpo trasponía el hueco del umbral, el “ruano” en el que venía montado, alzó cuanto pudo la cabeza y estremeció la noche con un relincho estremecedor.

Si alguien hubiera observado el flanco izquierdo de su cuarto trasero, habría descubierto nítida, la marca grabada a fuego, de Floro Rodríguez.

**José María Rinaldi.**

**DNI .4.917.718**

**Roque Perez.**

**Literatura**

**Cuento.**

: